

AÑO XIII, SERIE II, N.º 49

1925, 290

REVISTA DE CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Dr. Mario Sáenz
Por la Facultad

Adelino Galeotti
Por el Centro de Estudiantes

Nestor B. Zelaya
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Mario A. de Tezanos Pintos
Raúl Prebisch

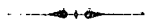
Por la Facultad

Dr. José P. Podestá
Dr. Italo Luis Grassi
Por los Graduados

Enrique Julio Ferrarazzo
Emilio Calvo
Por el Centro de Estudiantes

ADMINISTRADOR

Juan C. Chamorro



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE CHARCAS, 1835
BUENOS AIRES

214,

INFORMACIONES UNIVERSITARIAS

Santiago H. Fitz-Simon

Homenaje de la Facultad de Ciencias Económicas
y Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini Anexas

Buenos Aires, agosto 22 de 1925.

Habiendo fallecido el señor Santiago H. Fitz-Simon, ex director y profesor de la Escuela de comercio Carlos Pellegrini, anexa a la Facultad de ciencias económicas, cuya obra educacional ha sido de trascendencia para la enseñanza comercial en el país, contribuyendo con sus iniciativas y con su acción a la orientación definitiva de la misma y a los sólidos prestigios de que goza, y entendiendo que es, además, de un deber, una función docente de alto significado moral, honrar la memoria de los abnegados servidores de la institución pública,

El decano de la Facultad de ciencias económicas

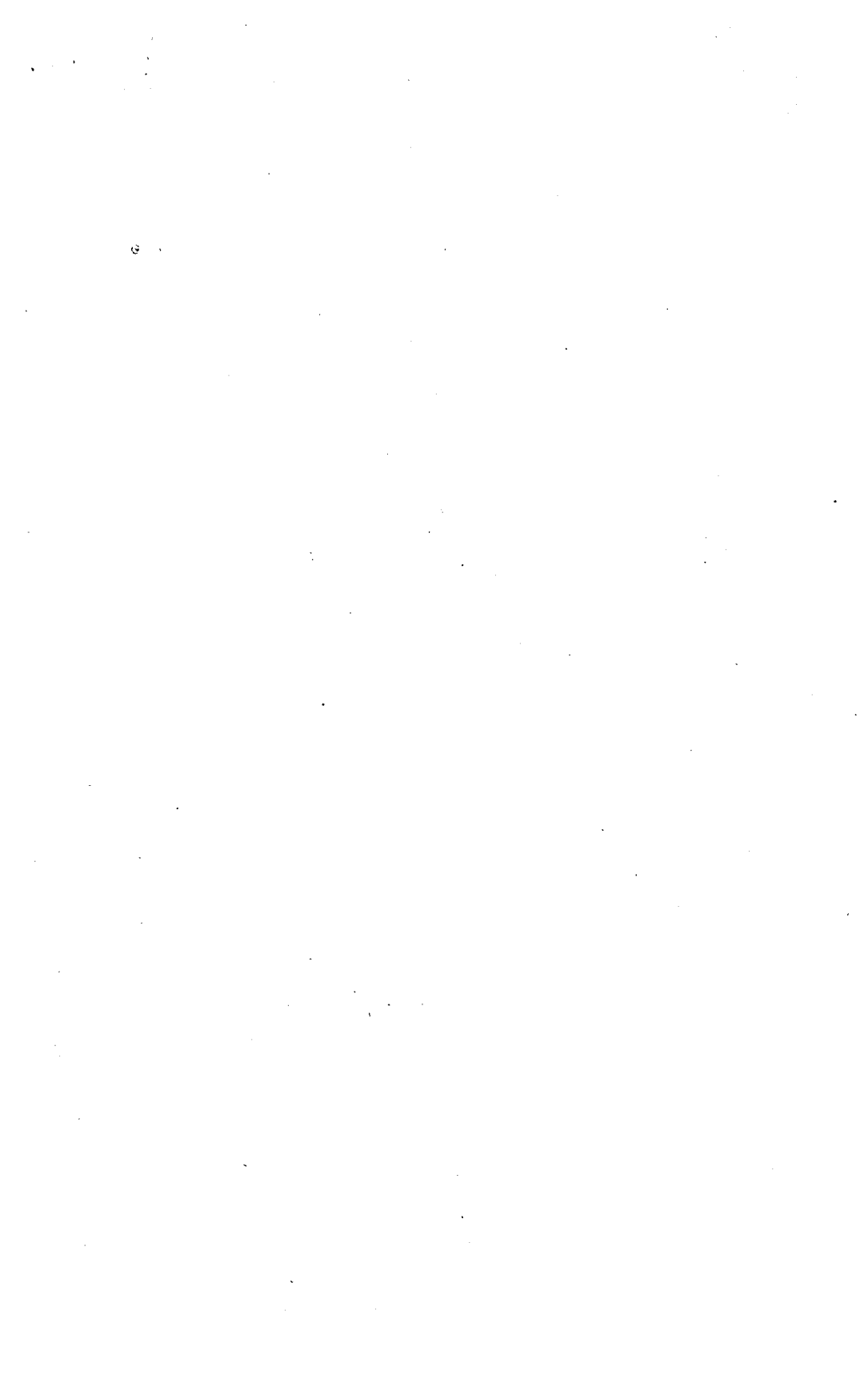
RESUELVE

Art. 1º. — Designar una comisión presidida por el vicedecano; doctor Santiago B. Zacheo, y constituída por los señores : consejero y profesor, doctor Augusto Marcó del Pont; consejeros, profesores y directores de turno : doctor Wenceslao Urdapilleta y don José González Galé; director de turno y profesor de la Escuela de comercio anexa, doctor Alberto Cassagne Serres; y profesor de la misma, doctor Rodolfo Medina, para que concurran a la casa mortuoria en representación de la Facultad y Escuela a velar el cadáver.

Art. 2º. — Suspender las clases en el día de la fecha en la Facultad y en la Escuela.



Santiago H. Fitz-Simon



Art. 3º. — Remitir una palma de flores naturales.

Art. 4º. — Designar al académico y profesor, doctor José León Suárez, para que haga uso de la palabra en el acto del sepelio.

Art. 5º. — Remitir una nota de pésame a la familia y publicar avisos fúnebres en los diarios *La Prensa*, *La Nación* y *La Razón*.

Art. 6º. — Dése cuenta al Consejo directivo.

MARIO SÁENZ.

Mauricio E. Greffier.

Buenos Aires, agosto 27 de 1925.

Señor decano de la Facultad de ciencias económicas, doctor Mario Sáenz.

Tengo el agrado de informar a usted que con motivo del fallecimiento del ex director de la Escuela, don Santiago Fitz-Simon, esta dirección se ha creído en el deber de hacer rendir en las aulas un homenaje íntimo a la memoria del extinto.

Y, al efecto, he dispuesto que un profesor en cada división ponga de relieve ante los alumnos la acción benéfica para la casa, del señor Fitz-Simon y los invite a ponerse de pie.

Saluda al señor decano muy atentamente. — *José González Galé.*

Buenos Aires, agosto 27 de 1925.

Señor decano de la Facultad de ciencias económicas, doctor Mario Sáenz.

Cumplo con el deber de informar al señor decano que con motivo del fallecimiento del ex director de esta casa, don Santiago H. Fitz-Simon, esta dirección ha rendido un merecido homenaje a su memoria, pidiendo a los señores profesores que al iniciar las clases, hicieran poner de pie a los alumnos y recordar en breves palabras, la acción siempre benéfica del extinto a favor de la Escuela.

Saluda al señor decano muy atentamente. — *Alberto Cassagne Serres.*

Buenos Aires, agosto 22 de 1925.

Señora Elvira L. de Fitz-Simon.

Cúpleme dirigirme a usted para expresarle en nombre de la Facultad de ciencias económicas y del suscrito, la profunda impre-

sión de dolor que ha causado en su seno el fallecimiento del señor Santiago H. Fitz-Simon.

Fué su respetable esposo un dignísimo director de la Escuela superior de comercio, la que contribuyó a organizar en forma definitiva, con su preparación, elevado criterio y firme carácter. Su nombre ha quedado vinculado para siempre a la enseñanza comercial, a la cual le dedicó sus entusiasmos y energías, con el mayor de los éxitos.

Los alumnos de esta casa recuerdan siempre a su venerable director que supo dar siempre un acertado consejo a la juventud estudiosa, orientándola en los difíciles comienzos de la vida, con su bondad característica, no exenta de firmeza cuando se trataba de mantener los altos prestigios de la enseñanza de un establecimiento, que él consagró como un modelo en el país.

La copia de la resolución que le acompaño, enterará a usted de los homenajes que han sido decretados por el suscrito mientras llega la oportunidad de que se reuna el Consejo directivo.

Reciba, distinguida señora, las más altas y sinceras consideraciones de respeto y condolencia de esta Facultad y en particular del que suscribe.

MARIO SÁENZ.

Mauricio E. Greffier.

Buenos Aires, septiembre 1° de 1925.

Señora Elvira L. de Fitz-Simon.

Tengo el honor de dirigirme a usted para comunicarle que el Consejo directivo en su sesión de agosto 25 de 1925, resolvió ponerse de pie en homenaje a la memoria de su esposo, señor Santiago H. Fitz-Simon.

Además, el suscrito, después de haber oído la opinión de los directores de turno de la Escuela de comercio anexa, ha adoptado la siguiente resolución :

1° Publicar en la *Revista de ciencias económicas* una crónica de su fallecimiento que habrá de contener : el retrato del señor Santiago H. Fitz-Simon, los honores resueltos y los discursos pronunciados en el acto del sepelio. Se hará un tiraje aparte, que se entregará a la familia.

2° Colocar su retrato en la sala de profesores de la Escuela de comercio anexa.

3º Colocar su busto, hecho por un artista argentino, en el vestíbulo de la Escuela de comercio anexa.

4º Denominar « Santiago H. Fitz-Simon », uno de los premios anuales discernido al graduado de la Escuela de comercio anexa, que demuestre haber adquirido el mejor conocimiento en idioma inglés.

5º Dese cuenta al Consejo directivo y publíquese.

Saludo a usted con mi más distinguida consideración.

MARIO SÁENZ.

Mauricio E. Greffier.

**Inspector general de enseñanza secundaria, normal y especial
señor Pascual Guaglianone, en representación del ministro
de Justicia e Instrucción pública**

El señor Pascual Guaglianone ha informado que no había escrito su discurso, por cuyo motivo no podía enviarlo a los efectos de la publicación.

**Académico y profesor doctor José León Suárez, en nombre de la
Facultad de ciencias económicas y Escuela de comercio anexa**

Señores :

Por resolución del señor decano, voy, en nombre de la Facultad de ciencias económicas y de la Escuela superior de comercio Carlos Pellegrini, anexa, a rendir breve homenaje, a la memoria del varón ilustre que, en el misterio de la vida, llamóse Santiago H. Fitz-Simon y, en la etapa no menos misteriosa de la muerte, será recordado, desde hoy, como personificación de un conjunto de calidades que raras veces, se conjugan en un hombre. A medida que su individualidad se borre, su típica silueta de perfeccionamiento humano aumentará relieve; porque el gran juez, que es el tiempo, pondrá en descubierto todo el oro fino de su alma que, con tanta prodigalidad difundió entre sus discípulos y sus amigos.

Cuando de los abundante valores ficticios de nuestros días, no quede ni el recuerdo, el espíritu del eminente maestro seguirá triunfando, con las lecciones ejemplares de su conducta, única forma en que pueden gobernar los muertos (1). En el pasaje fugitivo de la

(1) Me refiero a *gobernar colectivamente* o en la opinión pública, porque, sobre el *individuo* gobiernan, o pesan (generalmente no en su favor, sino en su perjuicio), en virtud del fatalismo comprobado de la herencia, varias generaciones de antepasados.

vida, todo es vanidad de vanidades, excepto la contribución que hagamos de moral y de justicia la sola posibilidad de sobrevivir en ultratumba. Pero, la justicia es una ruta poco transitada, porque es mucho más fácil la senda de la fementida gloria que, para la mayoría, consiste en ocupar por asalto posiciones prematuras, adquirir falso renombre y sacrificar todo, ideas y principios, ante el altar de la concupiscencia, que tantos fieles cuenta en nuestros días!

Cuando, ayer, presencié el triste cuadro de la colocación del cadáver en este ataúd, en medio del llanto de los deudos, recibí una extraña y beatífica impresión de santidad. Es que, señores, era un hombre excepcional el que acaba de deslizarse sin transiciones aparentes a la muerte; sin protestas, sin dolores, resignado y cristiano, tal cual vivió y enseñó; consciente, como Séneca, el Filósofo, de que el término de la existencia no es un castigo, sino una ley previsoramente redentora de la naturaleza!

Era don Santiago Fitz-Simon, la personificación del bien y su figura moral será, para las generaciones venideras, como los destellos luminosos de un faro, que aparte a nuestros jóvenes de ambiciones desmedidas y oropeles engañosos, para guiarlos hacia la vía de la justicia, que es la única segura de la vida!

Hace tiempo que don Santiago H. Fitz-Simon había empezado a penetrar en el terreno de la historia. Para los que seguimos su obra, su silueta de impecable austeridad y de sublime sencillez era, desde su retiro de las actividades, un monumento que marchaba; una estatua que en día próximo, habremos de ver, como así lo espero, quieta y rígida en el bronce o en el mármol, en un lugar preferente de la Escuela de comercio, a la que dió carácter, eficacia, seriedad y fama. La inflexibilidad de su disciplina interna, se había impregnado en sus pensamientos y en sus actos. La virtud llegó a ser en él, a fuerza de costumbre, una verdadera naturaleza. Por eso edificaba por la sola virtualidad de su presencia.

Seguía, ingenuamente y sin esfuerzo, las reglas de la honorabilidad (tan penosas para las almas pequeñas), con preferencia a las reglas del honor, a menudo más encandiladoras que brillantes de la honradez moral que se pretende demostrar o resguardar. Como el senador Quinto Cecilio Metelo, « el Númera », don Santiago, pudo decir muchas veces, en trances apurados, refiriéndose a los que en la política cultivan el número : « hacer el mal es facilísimo y cobarde, pero arriesgar peligros por hacer el bien, es oficio de hombres virtuosos ». Es que, como dice Montaigne, la virtud no admite la facilidad por compañera; necesita dificultades con que combatir lo imperfecto de nuestra natural condición.

Falible, como todos los hombres, reconoció, sin humillación, errores, y aplicó, muchas veces, en sus resoluciones, la equidad, como criterio superior y casi siempre más humano que la justicia. Era capaz, como Mucio Scævola, de quemar su propia mano si creyera que hubiera traicionado su voluntad de ser recto, o su pensamiento de ser justo.

Fitz-Simon, nació en Irlanda, en el viejo pueblo de Ennis, Condado de Clare, provincia de Munster; patria de los O'Brienne, sede política de Daniel O'Connell, el emancipador de los católicos irlandeses, y de otros hombres notables. Allí transcurrió su primera infancia y le fué dado contemplar ruinas y construcciones que datan de muchos siglos y asistió a la decadencia de su país lugareño que empezó a despoblarse con rapidez, precisamente en esa época. Un día, su padre, el doctor Patricio Fitz-Simon, reunió a su familia junto a la chimenea del hogar y propuso la emigración en masa, hacia « el País de Buenos Aires » que, con tanto optimismo describía el hermoso libro de Woodbine Parish, que acababa de leer y que tenía en sus manos. El 12 de octubre de 1862, el mismo día en que el general Mitre volvía a unir las provincias argentinas y constituía definitivamente la nación, desembarcaba en Buenos Aires la familia Fitz-Simon y se incorporaba a la noble tarea de formar un gran pueblo en que estamos empeñados. Colaboran en esta magna obra, con los argentinos, los extranjeros que, como Fitz-Simon, arman en esta tierra la tienda definitiva del peregrino, tienen hijos, plantan árboles, entierran sus muertos, aprenden, enseñan, sienten dolores y alegrías en esta patria y la quieren como nosotros, razón por la cual la nacionalidad es un accidente secundario ante la elocuencia de la ciudadanía espontánea que imponen los hechos y que, algún día, hemos de darles de derecho (2).

Dedicados a la enseñanza, los Fitz-Simon, ejercieron su noble ministerio en la ciudad y en la provincia de Buenos Aires, en el Paraná y en Corrientes. En esta ciudad, padre e hijo, fueron, sucesivamente, los dos primeros rectores del Colegio nacional. La acción moral de don Santiago se conserva tan profundamente impresa en la conciencia de los que estudiaron en el Colegio de Corrientes que no pueden evitar, hasta ahora, la asociación instintiva de su nombre, a los recuerdos juveniles de *disciplina*, de *labor* y de *honradez intelectual*.

Después de ocupar diversos y elevados cargos en la instrucción se-

(2) El « principio », constituye la parte esencial de la tesonera campaña del profesor de nuestra Escuela de comercio, doctor Juan C. Garay.

cundaria, fué designado director de la Escuela de comercio, fundada a iniciativa del diputado, doctor Víctor M. Molina y ampliamente organizada por el presidente Pellegrini y su ministro, doctor Balestra.

Es en ese puesto donde, don Santiago Fitz-Simon, durante más de veinte años desenvuelve su personalidad de educador, aclimata la nueva instrucción en las costumbres del país, provoca el interés de las familias y del comercio por esta orientación y conquista, por derecho evidente de justicia, el título que no trepidó en proclamarle, de « patriarca de la enseñanza comercial en la Argentina ».

Los que hemos llegado a la treintena del profesorado en la Escuela de comercio evocamos con admiración emotiva el recuerdo de la extraordinaria obra realizada. No titubeo en calificar, a la Escuela de comercio, como una de las fundaciones más trascendentales para el país. No me atrevería a decir lo mismo de otras instituciones, cuyos frutos no están todavía en sazón. La Escuela de comercio, organizada y dirigida por Fitz-Simon y sus continuadores y discípulos, merece bien de la patria, porque ha modificado la psicología popular sobre el comerciante, ha hecho del comercio una profesión honrosa y ha resuelto el problema de su nacionalización, pues el argentino aspira menos que antes al doctorismo en leyes, medicina, ingeniería, etc., y se dedica a la compra, venta, importación y exportación de mercaderías, casi con el mismo entusiasmo que a la industria ganadera.

El señor Fitz-Simon, fué, paulatinamente, ampliando la esfera de acción del establecimiento y creó, a su debido tiempo, la carrera de contador público, cuando la ilustración reflejada por la Escuela en el comercio y en la industria, convenció a nuestros negociantes que, la clave de una empresa o de un comercio, está en llevar sus libros en forma irreprochable, ideal que se alcanza con la intervención de técnicos o peritos en contabilidad, diplomados en una escuela bien inspirada, porque, aunque no es imposible, es siempre fácil que la práctica los forme por sí sola.

En los últimos años, no estuvo conforme con algunas innovaciones que se proyectaron y hasta se ensayaron, en la que podríamos llamar *su escuela*. Jamás, sin embargo, emitió públicamente opiniones de contraversia o siquiera de disconformidad. Nunca se quejó con amargura de ciertos olvidos de su larga y honorable labor, porque sabía que son hijos de la premura con que vivimos, más bien que de un desconocimiento de su obra incommovible. Por otra parte, estoico del deber y enemigo del ruido y de la ostentación, le bas-

taba la sanción severa de su conciencia para sentirse muy por arriba de los críticos que improvisan (3).

Pasarán los años, sus métodos y sus enseñanzas podrán ser mejorados y hasta enteramente reemplazados; pero los beneficios de aquella su escuela moral que lo colocaba siempre en contra de las influencias y a favor de la justicia, no se olvidarán jamás. Ellos han entrado a formar parte de nuestro patrimonio espiritual y son el único capital que no injuria ni destruye el desgaste corrosivo del tiempo, que respeta el legado respetable de los varones de esta laya, ante cuya memoria me inclino reverente en nombre de la Facultad de ciencias económicas y de su Escuela, anexa.

**Profesor doctor J. Alfredo Ferreyra,
en nombre del Colegio nacional de Corrientes**

La educación secundaria, normal, comercial e industrial de la República, están de duelo por la muerte de don Santiago H. Fitz-Simon. Acompaña en su luto a la provincia de Corrientes que hace ya tiempo le había discernido un puesto al lado de sus próceres, como a uno de sus más sólidos servidores civiles.

Llegó al país, junto con sus padres y hermanos, el 12 de octubre de 1862, el mismo día que el primer presidente de la Nación unida inauguraba el período constitucional de las presidencias argentinas.

Tenía 13 años y ha muerto de 76, después de acompañar humildemente la tarea de la organización de la República, desde la cátedra secundaria, desde el rectorado del Colegio nacional de Corrientes, de la dirección de su Escuela normal anexa, de la inspección general de educación, de la dirección de la Escuela superior de comercio Carlos Pellegrini y de la Escuela industrial de la Nación. Se acogió a la jubilación en contra de su voluntad, a los 44 años de servicio sin interrupción de un sólo día y sin una falta de asistencia en su larga carrera de educador; en plena salud física y espiritual.

Discípulo de un doctor de Oxford, que fué su padre, y más que todo un *self-made-man* que estudiaba a conciencia lo que enseñaba y se mantuvo al día en el movimiento didáctico, por revistas de Estados Unidos y Europa — fué un maestro en la más alta acepción del término, por el ejemplo más que por el precepto —, y por su inteligencia clara, por la dignidad de su enseñanza, por la extensión

(3) Murió don Santiago sin haber sido nombrado profesor honorario, ni miembro del Consejo de la Facultad, ni siquiera de la Academia de ciencias económicas.

de sus lecturas, por su espíritu sereno que difundía calma bienhechora sobre sus alumnos. Lo fué, sobre todo, porque amó el bien; porque se incorporó resueltamente, llevado de su idiosincrasia, a las filas de los que lo practican, y resistió persistente y triunfalmente a los malos, sin odio, solo por defender su obra, apartando con criterio, oportunidad y energía la piedra que obstruía el sendero.

El 2 de agosto de 1869 inauguraba con una lección de geografía el Colegio nacional de Corrientes, fundado por Sarmiento, bajo los auspicios del gobierno y de la sociedad pensante de aquella provincia que, por una suscripción popular, dotó al nuevo organismo de edificio propio, obligando así al gobierno nacional a agrandarlo y completarlo.

La fecha del 2 de agosto es más conocida y celebrada en Corrientes que muchas de sus efemérides políticas y militares. La gloria civilizadora que simboliza, encarnada principalmente en la labor ascendente de veintidós años de Fitz-Simon, es patrimonio de la provincia y de la Nación, hecho halagador para todos, y mucho para los que fuimos sus discípulos. En el cincuentenario del colegio, el rector, por autonomasia, lo conmemoró personalmente en medio del festival que le brindó la provincia: cosecha de impresiones dichas que recogió el sembrados. En la misma humilde sala de hacía cincuenta años, aludió a los centenares de jóvenes que pasaron por las aulas del colegio, médicos después, abogados, ingenieros, profesores, magistrados, sin olvidar a los muertos y a los que no pudieron llegar hasta Corinto; pero que se graduaron en la vasta universidad del mundo, cumpliendo bien su papel.

Por fallecimiento del doctor Patricio Fitz-Simon, que planteó con su ciencia y experiencia la nueva casa, don Santiago recibía el rectorado a los 22 años de edad, nombrado por el mismo Sarmiento que gustaba ejercitarse en el inglés, hablando con él y con su padre. Estaba preparado para la tarea, en posesión dominada de la cátedra, y sobre todo, de su herencia moral: de la madre, una escocesa puritana, de esas almas que encuentran en la Biblia la idealización de la existencia, y de su padre, espíritu emancipado, que se alejó para siempre de la atmósfera pesada de Irlanda para respirar los libres aires de Francia. De ahí, ese su amor por la elegante y aparente despreocupación francesa, que afina y mide la inspiración, la meditación y el heroísmo.

Si su padre había esbozado la obra, él la realizó. Cada año se perfeccionaba el colegio, levantaba una hilada de piedra y cal: aumentaba su biblioteca más abundante y selecta que la Popular de Corrientes; mejoraba sus laboratorios y gabinetes; seleccionaba sus

profesores; se acentuaba la observación y la experiencia en el método; se creaba la enseñanza manual por primera vez en el país; se organizaban los juegos libres y sistematizados al aire libre; se perfeccionaba la disciplina inglesa sin gritos, sin imprevisiones, sin pesos molestos ni artificiales; la vieja rutina criollo-española se extinguía. Los alumnos llegaron a hombres, recordando que jamás se abusó de su inexperiencia, de la debilidad de su criterio, para imponer una idea; disimular un castigo o no reparar una injusticia.

Siempre fué amable su clase; de pocas palabras el profesor; pero de claras orientaciones que marcaban nítidamente las ideas importantes. Prefería los libros que dejan al alumno mucho que investigar y al maestro mucho que dirigir.

Después vino a Buenos Aires. La Escuela superior de comercio, bautizada en su tiempo con el nombre del presidente de la República que la fundó, autor de medidas financieras y económicas fundamentales, era un organismo amorfo y desordenado, cuan Fitz-Simon la tomó. Merced a su persistencia y al tiempo que daba a cada uno de sus planes realizados sin saltos ni sobresaltos, se le dotó de hermosa casa en un barrio importante de la metrópoli; se enseñó a hablar y a escribir los idiomas modernos que el comercio usa; se preparó en un ambiente de orden y trabajo estimulante a los peritos mercantiles a los contadores y traductores públicos; se acreditó la escuela ante el alto comercio de esta plaza. No hubo nunca una huelga, ni una reclamación justa ni injusta, ni falta de cordialidad y entusiasmo para enseñar y aprender. Llegó a ser una construcción respetable a la altura de las mejores del mundo que él vió personalmente en los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania. Ministros y legisladores pusieron mano sobre ella para incorporarla a la Universidad.

Su criterio clarísimo, la pureza de sus intenciones, la atención sin intermitencia que prestaba a su labor, su tranquila energía, se impusieron a los ministros. Creían en él, y así pudo evitar medidas perturbadoras y obtener, en cambio decretos progresivos.

La austeridad sencilla, sin malicia, de Fitz-Simon, está explicada por la herencia que él desarrolló como maestro, con un notorio espíritu público preocupado de la grandeza de nuestro país. Sus discípulos lo evocan como una conciencia en acción, cuyo solo recuerdo podía avergonzar al que cedía a tentaciones egoístas; que inclinaba a las nobles ideas; cuya aprobación aquietaba en el trance dudoso. No fué el hombre sabio, sino el virtuoso de Confucio; porque el sabio está inquieto, y el virtuoso tiene calma y serenidad.

Fuera de un viaje a Europa y dos al Brasil, pasó sus diez años de

jubilado leyendo y comentando a los poetas de su raza en la Sociedad literaria inglesa. Recitaba las *Melodías hebraicas* de Byron, donde las almas temblorosas a orillas del mar desconocido, se resisten a romper la cadena de los seres, por temor de quedar separados y dividido el cariño. Gustaba ver con Shakespeare abierto ante sus ojos el libro inmenso del destino, a través de cuyas páginas rugen los huracanes o acarician las auras suaves de la vida.

Lo encantaba la placidez del hogar y las reuniones amistosas que él encontraba a cada paso entre gentes de diversas generaciones, que conocían su obra y la pureza de su alma.

Amó la dulce vida; no quería morir; creía que se dilataría su ancianidad robusta y serena a la sombra de los afectos familiares y de sus amores por los grandes hechos argentinos y universales.

Ha de descansar en paz este hombre, este grande hombre de bien, que vivió en paz con su conciencia, en esta tierra que es la suya; en el recuerdo de los que recibieron en la adolescencia su influencia benéfica, y en las generaciones del porvenir que descubran su nombre en la tradición y en los anales de la educación argentina.

Profesor señor Emilio C. Tufró
en nombre de la Escuela superior de comercio sección sud

Señores :

Traigo en nombre del personal directivo y docente de la Escuela superior de comercio sud, el postrer adiós al apóstol que se va!

¡Qué profunda la amargura que nos causa su partida! ¡Qué grande es el vacío que nos deja!

Don Santiago H. Fitz-Simon, fué un gran maestro en toda la acepción de la palabra, de la estirpe de aquellos que cimentaron con sólidas bases la educación de varias generaciones a expensas de su propio bienestar; de esos espíritu progresistas que alentados por la experiencia del pasado con los materiales del presente construyen el porvenir.

Experto psicólogo del alma juvenil fué un gran clínico y no menos certero cirujano. Juzgad :

Hará unos veinte años, más o menos, que en la antigua Escuela de comercio, cierto alumno inteligente pero díscolo, había sido amonestado varias veces, contando en su haber con dos suspensiones. Por una nueva falta, como en última instancia, fué llevado a presencia del señor director, de don Santiago H. Fitz-Simon; media hora después salía del despacho secándose las lágrimas que no podía re-

tener. Sus compañeros, asombrados, no pudieron menos que interrogarle :

—¿Te ha expulsado?

—No, contestó — algo que me duele más, me ha aconsejado cariñosamente.

A partir de ese día, dicho joven fué un alumno modelo, hoy es un brillante profesional. ¡Cuántos Fitz-Simon harían falta en nuestros días!...

Así como a Mitre se le llamaba Don Bartolo, a Fitz-Simon le decíamos Don Santiago... prerrogativas que sólo tienen los hombres que como ellos, son populares, respetados y queridos.

Aun nos parece estar viendo su figura de irreprochable *gentleman*, imponente y simpática; perdura en nosotros la impresión de la mirada serena, bondadosa y enérgica de sus ojos azules, vibra en nuestros oídos el timbre de su voz y nos parece escuchar su palabra reposada, justa y decisiva...

De la primitiva Escuela de comercio, que como árbol primorosamente cuidado rinde abundantes y sazonados frutos, el experto jardinero, queriendo multiplicar los beneficios, sacó una rama primero : la Escuela industrial y otra después : la Escuela de comercio sud, que brotaron seguras y pletóricas de vida, gracias a la constante dedicación de quien supo asegurarles una vida próspera.

Dió sólidas bases a la enseñanza comercial. Como verdadero creador, fué original; supo tomar lo bueno para mejorarlo, arrancar sin contemplaciones lo malo, formando así una obra estable, con cimientos que su clara visión de hombre excepcional le dió dentro de lo útil, de lo necesario y de lo práctico... y tan claros y precisos fueron sus reglamentos y programas que sirvieron de modelo para la creación de escuelas similares en el extranjero.

Actuó en todos los puestos de la enseñanza y en todos ellos dejó imborrable recuerdo de su vasta preparación. Su vida fué un constante ejemplo para sus innumerables discípulos, que siempre encontraron en él el más seguro y experimentado consejero.

Profundo conocedor de los problemas educacionales llegaban a él en demanda de mejores luces desde el modesto catedrático al autorizado ministro.

En la cátedra y fuera de ella enseñaba y educaba a la vez. Fué un verdadero maestro y como tal, llegó al final de su jornada con la aureola gloriosa del talento, de la bondad y de la justicia.

A lo largo del camino de su austera vida, no se encuentra un solo rasgo de vanidad o de ambición, jamás buscó el aplauso embriagador ni sintió falsos mareos por el triunfo merecido.

Ante sus queridos restos, hagamos votos por que el ejemplo sagrado de su vida perdure en nuestros corazones como un ideal de alta perfección.

Profesor doctor Arturo de la Rosa Ponte
en nombre de los profesores de la Escuela de comercio anexa
que colaboraron con el extinto

Señores :

En representación de los profesores que fueron de la Escuela nacional de comercio, entre los cuales tuve el honor de actuar durante más de veinte años bajo la dirección docente del señor Santiago H. Fitz-Simon, vengo a presentar el homenaje del más profundo dolor, en presencia del ataúd que guarda los restos del eminente educacionista cuya acción fecunda, en el escenario de la cultura del país, se encuentra ya consagrada por el veredicto justiciero de varias generaciones.

El señor Fitz-Simon, por su vocación y por los razgos singulares de su contextura moral e intelectual, era el exponente más caracterizado del sembrador de ideas de aplicación positiva y encaminada hacia la conquista de altas finalidades nacionales.

Era el caballero sin tacha y sin mancha que elevó el desempeño de la función educacional a la altura de un verdadero apostolado.

« Lo primero es la verdad », se decía, como el filósofo griego y con la firmeza de un carácter que jamás se doblegó ante las especulaciones lucrativas del éxito : enseñó, con el ejemplo de sus procederes y con la capacidad de su ilustración, a través de cuarenta y tres años consecutivos, ya fuese en la cátedra, en la dirección del histórico Colegio nacional de Corrientes, en la fundación y dirección de la Escuela de comercio Carlos Pellegrini, en la Inspección general de colegios nacionales y escuelas normales de la República, dejando en los procedimientos de su acción y en la aplicación de su criterio educacional las huellas imborrables de un gran maestro, aplicando este concepto en su significado más comprensivo para el perfeccionamiento de una democracia.

Cuando alguno de sus numerosos discípulos escriba la historia de la educación nacional tendrá que colocar al señor Fitz-Simon en el puesto prominente de abanderado de la tendencia positiva de la cultura argentina, en la especialización de la instrucción comercial.

La Escuela de comercio Carlos Pellegrini, que Fitz-Simon organizó y supo dirigir con la austeridad notoria de sus actitudes inspi-

radas siempre en la justicia y en el recto camino de la juventud estudiosa : ha sido y continúa siendo una importante institución donde los jóvenes estimulan su dedicación al estudio de las múltiples materias que reclama la actividad comercial, emancipándose de la tendencia idealista y dogmática de las profesiones letradas que hemos heredado como el sello de la enseñanza hispánica, arraigada tan hondamente en nuestros rumbos educativos.

La Escuela de comercio, dirigida por el señor Fitz-Simon, prontamente llegó, por los prestigios alcanzados en su eficiente desarrollo, a reclamar desenvolvimientos de mayor intensificación en el estudio de las ciencias económicas y sociales, reclamadas por la pujanza de los diversos organismos creadores de la riqueza nacional.

De manera que la Escuela Carlos Pellegrini fué el alma de la Facultad de ciencias económicas y como desde los tiempos de Aristóteles hasta el presente, el alma de las cosas es el principio creador en los organismos con vida, es indudable que el pensamiento práctico y modelador del señor Fitz-Simon se siente renovado y se perpetúa cada día en las aulas de la importante rama universitaria que se llama Facultad de ciencias económicas.

Hacemos acto de justicia en reconocerlo. Pero no basta, en presencia de los restos mortales del insigne educacionista, hacer declaraciones de méritos que todos conocen, ya que estas expresiones de condolencia, verdaderamente sentidas en este caso, sólo se traducen por palabras cuya duración es efímera y pasajera.

No es justo, señores, que este noble educador, que ha derramado durante cuarenta y tres años, en el curso luminoso de la mente de muchas generaciones, la semilla imperecedera de enseñanzas útiles y de aplicación tan ventajosa para sus discípulos; no es justo, decía, con tales antecedentes, que el hogar de un maestro tan prominente, hogar respetable que representa para nosotros la prolongación de sus virtudes personales, quede en una situación económica tan estrecha que ni siquiera cuenta con la modesta casa solariega que en nuestro país edifica el más humilde de los obreros del músculo.

No es aceptable, en la nobleza del corazón agradecido de tantos discípulos cual los que deja este educacionista modelo, olvidar que en 1903, siendo ministro de Instrucción pública de la Nación el doctor Hernández, el señor Fitz-Simon fué designado, por decreto del Poder ejecutivo, para comprar en Francia y en Alemania, útiles para los gabinetes de física y los laboratorios de química de las escuelas normales, colegios nacionales y otros establecimientos de enseñanza secundaria y especial sostenidos por el tesoro nacional.

El señor Fitz-Simon se trasladó a Europa para el desempeño del

honroso mandato que le confiara el superior gobierno; efectuó escrupulosamente la compra de los referidos elementos escolares y después de terminada la operación, recibió una comunicación que espontáneamente le dirigieron las casas vendedoras de tales artículos, en la cual se le acompañaba una liquidación que por concepto de bonificación personal acostumbraban a efectuar tales casas europeas en favor de las personas que adquirían los referidos objetos en cantidad tan respetable, y dicha bonificación ponía a disposición del señor Fitz-Simon varios miles de pesos.

El señor Fitz-Simon percibe los aludidos valores e inmediatamente los gira al señor ministro de Instrucción pública de la Nación, con la documentación de su origen y acompañando una sencilla y lacónica nota, en la cual se manifiesta que dichos fondos no son bonificaciones que le pertenecían, que ellos debían ingresar en la tesorería nacional, porque todas las ventajas que obtuviese un mandatario del gobierno para hacer compras a cargo y por cuenta de la Nación, correspondían al tesoro del Estado.

Debo recordar, respetando toda la verdad, que pocos meses después de haber regresado el señor Fitz-Simon en razón de haber concluído la comisión que le fué conferida, se vió muy precisado de fondos y me consta solicitó un anticipo de un mes de sueldo, ante el ministerio del ramo, para cubrir necesidades imperiosas de orden personal, anticipo que le fué concedido, previos los trámites de estilo y que fué cumplidamente cubierto con las amortizaciones correspondientes.

Tal ha sido la talla moral de este meritorio educacionista y tales los ejemplos que deja a sus discípulos.

Se dirá, teorizando, que la honradez acrisolada es un deber elemental en los ciudadanos que desempeñan funciones públicas o que actúan en comisiones destinadas a invertir rentas de la Nación, en nuestra democracia. Es cierto, pero creo oportuno en esta hora solemne y triste en que damos el último adiós a este inolvidable servidor de la educación nacional, recordar tales rasgos de su personería, porque de esta manera se estimula y se alienta a los buenos servidores del país y porque semejante conducta ilumina como un sol la frente de la juventud ansiosa de ocupar los puestos públicos y levanta el corazón colectivo de la masa.

Ya que en nuestro país es tan venturoso el porvenir que el esfuerzo individual depara al más modesto labriego que arroja una semilla en el más apartado fragmento del territorio nacional, porque esa siembra, en la feracidad de nuestro suelo fecundo, se multiplica en la proporción de mil por una, seamos equitativos, hagamos justi-

cia distributiva práctica, promoviendo una subscripción entre todos sus discípulos y los compañeros de tareas que le sobrevivimos, a fin de costear una casa para la respetable familia del señor Fitz-Simon, de modo que este ejemplar y fecundo sembrador de ideas reciba siquiera, en la prolongación de su espíritu que su dignísimo hogar representa, la modesta recompensa que el sembrador de trigo cosecha, sin mayores actitudes, cuando arroja la semilla en el surco de la tierra blanda de la Pampa o del suelo calcáreo de los valles de la montaña.

Con estos sentimientos y en la representación que hablo, me inclino reverente ante los despojos mortales del señor Santiago H. Fitz-Simon.

Profesor doctor Juan Carlos Garay, en nombre de la Asociación de profesores de la Escuela de comercio anexa

Señores :

Don Santiago Fitz-Simon, ex director de la Escuela superior de comercio, cuyos despojos acompañamos en esta hora, puede ser considerado — al igual de Peyret, de Jacques y de Cosson — como uno de los maestros que en las primeras épocas de la reorganización del país, dieron una nota a la educación argentina.

Inglés de nacimiento y argentino por adopción, Fitz-Simon, llamado a formar generaciones argentinas, supo conciliar en su alma las dos afecciones : el amor a la patria de origen y el amor a la patria de adopción.

Esa noble legión de educadores, modeló abnegadamente miles de conciencias juveniles en un amor sincero a la patria que después de atravesar cataclismos y revoluciones, trataba de encarrilarse dentro del cauce del orden y de la libertad.

Los estudios comerciales deben mucho a Fitz-Simon. El consiguió desviar en parte esa tendencia de la juventud de seguir las carreras liberales, y de menospreciar los programas económicos. El lo consiguió, repetimos. Realizado ese primer objetivo, complementó su obra reglamentando y luego dió impulso a la Escuela de comercio, que adquirió una notable importancia en los anales de la enseñanza argentina.

The right man for the right place; la célebre frase parece aplicarse con justicia a un temperamento y personalidad como la de nuestro ex director. Y bajo esa apariencia fría y sajona, ocultaba un alma tierna y enamorada de este país — la patria de sus hijos

— a las que entregó lo más sano de su vitalidad y de sus preocupaciones.

La Asociación de profesores le ha secundado en múltiples circunstancias. En este acto ha querido a su vez renovar ese recuerdo, dándole el último adiós por mi intermedio. Se ha ido con don Santiago Fitz-Simon un gran caballero y un obrero tenaz de la cultura argentina.

¡Paz en su tumba!

Señor Javier López Zavaleta, en nombre del C. E. de C. E.

Señores :

Vengo en representación del Centro estudiantes de la Facultad de ciencias económicas, a cumplir la triste y dolorosa misión de expresar su palabra de sentimiento y de congoja, ante estos restos que en vida encarnaron un espíritu modelo de virtudes y austeridad.

La muerte sorprende a don Santiago Fitz-Simon en el período de su íntimo recogimiento, después de haber marcado a su paso un sendero imborrable en la historia educacional de nuestro país.

Tócale desempeñarse en diversas funciones directrices, y en todas lo hace conscientemente, demostrando cualidades inherentes a un temperamento como Fitz-Simon.

La enseñanza le preocupó grandemente, dedicándose en forma particular a fomentar la divulgación de los conocimientos comerciales, llegando con su talento y entusiasmo, a lograr una tal perfección en los planes de estudio, que los nombres de nuestras escuelas de comercio fueron conocidos y citados como ejemplo en toda la América del Sud y aun mismo en la otra mitad del continente.

Don Santiago Fitz-Simon fué quien llevó a la práctica en forma ejemplar la organización de los cursos de contadores públicos, que dictados primero en nuestras escuelas de comercio, llegan más tarde a constituir la piedra angular de nuestra Facultad.

No debía faltar, pues, la palabra de gratitud de la juventud de nuestra casa de estudios, que conmovida ante la desaparición de uno de sus grandes maestros, viene a ofrendarle el sagrado homenaje a su memoria, como testimonio de íntimo reconocimiento.

Discurso del señor Alberto Rafael Napolitano, en representación de la Asociación de egresados de la Escuela superior de comercio « Carlos Pellegrini »

Señores :

Una vez más, la voz secreta del destino atrajo hacia las sombras vacilantes del más allá a una vida fecunda y austera, cuya obra provechosa y recia es una realidad palpable en la historia de nuestras instituciones culturales.

Santiago Fitz-Simon, primer director de la Escuela superior de comercio Carlos Pellegrini, en nombre de cuyos egresados se eleva mi voz de dolor, ha sido la fuerza maravillosa que animó con su soplo de maestro aquella naciente casa de estudios tan necesaria hoy al progreso y a la evolución de nuestro joven país. Intensa fué su lucha antes de ver fructificar al árbol plantado con tanto celo, pero en el ocaso de su vida, cuando la vejez le cubría de nieve y los años le quitaban las últimas energías, pudo contemplar con amor y orgullo la hermosa verdad de su obra.

Trajo a nuestra patria el inmenso aporte de su fuerte voluntad, de su inteligencia vigorosa y disciplinada y de su diáfana honradez de hombre de bien. Por eso el porvenir deparó a su existencia la esplendidez del triunfo que resplandece tras cruentas jornadas de sacrificios. Sus horas de inactividad no se las inmoló al ocio, no las ofreció al descanso. Se hundió en la infinita aurora de los estudios y en busca de nuevas emociones con que satisfacer sus afanes de investigador, leyó a los grandes maestros y se nutrió en la belleza de los clásicos. Animoso, emprendedor, con una evidente intuición del futuro, llevaba en sí la sangre turbulenta y fuerte del optimismo. Traía a sus clases el cálido aliento de sus esperanzas y había en sus enseñanzas y en sus palabras todo el amor que guardan a la ciencia aquellos que la aman, porque sienten voluptuosa necesidad de ella. Estudió mucho, estudiaba siempre. Su cerebro, como los campos feraces, reclamaba siempre la semilla fecunda y el surco nuevo y hondo. Sus manos trémulas y apasionadas parecían querer palpar todos los horizontes del saber, todos los mundos del conocimiento. Y así consagró sus años al trabajo. No supo distraer ni uno solo de los momentos de su vida. El tiempo le faltaba. Era necesario guardar en un cofre vetusto la arena luciente de las horas. No dejar escurrir entre los dedos ni un poco de aquel polvo de oro imperceptible y seco. La ciencia, aquella ciencia enigmática y arcana, le es-

trechaba contra su pecho y le quitaba todos sus afanes, todas sus ansias, todos sus ensueños... Y así, sobre ella, en sus brazos de inquieta amante, le sorprendió el misterio de la muerte...

Santiago Fitz-Simon : la Asociación de egresados de la Escuela superior de comercio Carlos Pellegrini, frente a la morada sepulcral que guardará tu cuerpo, te rinde el homenaje de su dolor y en su espíritu vivirás como un fulgor, como una luz... El silencio te llama... extiende hacia ti la tierra sus brazos negros... la inmensidad te aguarda... Nuestra alma junto a la tuya... ¡Paz en tu tumba!